

EGINALD SCHLATTNER

GUANTES ROJOS

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE ROBERTO BRAVO DE LA VARGA

BARCELONA 2011



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Rote Handschube*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2001 by Paul Zsolnay Verlag, Viena
© de la traducción, 2011 by Roberto Bravo de la Varga
© de esta edición, 2011 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, ilustración de Leonard Beard

ISBN: 978-84-15277-17-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 19 688-2011

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impresió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *mayo de 2011*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

A CONTRALUZ

I

Aquella gran época empezó sin que yo me diera cuenta.

Una mano me empuja dentro de una estancia que no puedo ver.

—*Stai!* ¡Alto!

Alguien me quita las gafas de metal de los ojos. La puerta que tengo a mi espalda se cierra enseguida rechinando, con un espantoso cerrojazo. Me quedo de pie inmóvil. El viaje hacia lo invisible ha llegado a su término.

Después de horas de tinieblas, mis ojos empiezan a percibir algunas cosas. Es una estancia reducida. Si uno extendiera los brazos, se podrían tocar las paredes. En el rincón hay un cubo de chapa sin tapar. Vomito y vomito hasta que el vigilante me dice basta. Un ratón se agita sobre la pestilente calderada.

Noche. Reina un silencio sepulcral. De la pared sobresale el tablero de una mesa a la altura del pecho. Debajo, un radiador. El hueco de la ventana está asegurado de varias formas: alambre de espino, cristal blindado, siete barrotes. Sobre la puerta, detrás de una malla metálica, brilla una luz mortecina. Dos camas de hierro a izquierda y derecha. Recorro el angosto pasillo que queda entre las dos: tres pasos y medio de ida, tres pasos de vuelta. El aire parece enrarecido, la respiración se corta. No leo enteras las dieciocho prohibiciones y obligaciones que hay en una placa pegada a la pared. ¿Qué te pueden prohibir en una habitación en la que no hay nada más que una cama, una mesa y rejas?

—*Camera obscura*—murmuro.

Temo llamar a las cosas por su nombre. ¡A pesar de todo! No tengo más remedio que admitir la realidad: estoy arresta-

do en una celda de la *Securitate*. Es algo inconmovible. Aquí es donde estás. Soledad significa echar de menos a alguien. Yo no echo de menos a nadie. La huella de un cuerpo humano en el jergón de paja supone ya una cercanía casi excesiva. Una persona ha debido de pasar muchas noches aquí encogida. Ha dejado un hueco.

El vigilante abre la chapeta de la puerta; se pueden ver el bigote y el botón superior del uniforme.

—¡Acostarse!—ordena.

Acomodo mi cuerpo a la forma cóncava del jergón de paja y me estremezco cuando tanteo el hueco: aquí ha estado echada una mujer, boca abajo.

Mirando hacia el interior de la habitación, así es como hay que dormir. Está prescrito. O boca arriba y con las manos extendidas. Apenas he cerrado los ojos, el oficial de vigilancia me levanta de la cama. Me sacude con el palo de la escoba, porque me he girado hacia la pared.

—¡Dése la vuelta!

¿Es que nadie apaga la luz entre rejas? Anudo el pañuelo para hacer una venda y me la pongo en los ojos.

Con los ojos vendados, con la mano de uno atada a la del otro, así es como nos habían traído de Klausenburg. Mi amigo se llamaba Tudor Basarabean. Pero nosotros teníamos que llamarle Michel Seifert. Seifert, por su difunta madre; Michel, por el Michel alemán, al que admiraba. Esposaron su mano a la mía con los mismos grilletes. Cada cual apoyó su mano en la rodilla. Con cualquier movimiento inesperado, sonaba un clic y las esposas se nos clavaban en la carne.

—¡Esposas americanas!—fanfarroneó el oficial de la *Securitate*.

Esposas del archienemigo imperialista...

Me habían detenido poco antes del mediodía y me tuvie-

ron toda la tarde en la *Securitate* de Klausenburg. Cuando empezaba a anochecer, comenzó el viaje hacia un destino incierto. Cuando coronamos la cresta de las montañas que dominan la ciudad, subiendo por un camino tortuoso y empinado, se ofreció a nuestra vista la última imagen del mundo: mientras el sol se extinguía en un frío tono rosado, la ciudad se hundía en el valle de las sombras. Soldados nos pusieron gafas que no nos permitían ver. Habían sustituido las lentes por placas de metal.

¿Cómo comportarse? Mi abuelo decía que incluso la situación más desesperada tenía su propia estética. Había pasado dos días con sus dos noches náufrago en el Adria, sujetándose a un barril de ron, y había intentado ofrecer una figura digna. «¡No fue fácil, hijo mío! Porque el barril de ron giraba constantemente».

¿Cómo ofrecer una figura digna esposado, ciego y mudo?

Hasta entonces había dicho que se trataba de un malentendido que se aclararía en las altas esferas de Bucarest. Algo que nadie en el coche se creía.

¿Cuál era entonces la estética propia del momento?

¿Ofrecer resistencia como nuestro profesor de marxismo y economía política, el doctor Raul Volcinski, a quien habían detenido en los pasillos de la universidad durante un descanso? Había seguido la escena, que resultaba espantosa y grotesca, escondido tras la puerta de los servicios, y sentí admiración por aquel hombre.

Se lo habían llevado a rastras poco después de que nos hubiera dado una clase sobre las ventajas de la economía planificada dirigida desde una instancia central. Cuando aquellos señores invitaron cortésmente al profesor a que los acompañara, él se negó. Cuando lo quisieron agarrar, él se zafó de ellos. Cuando le volvieron a poner la mano encima, los rechazó a golpes y salió corriendo. Como si hubieran surgido de debajo de la tierra, ya estaban allí dos policías. A todos, a los

cuatro, los arrastró pasillo adelante aquel hombre enfurecido, antes de que lograran derribarlo y reducirlo. Yacía allí, sobre el suelo de mosaico, braceando y pataleando como un arlequín en la pista del circo. Dos universitarias que pasaron a toda prisa cogidas de la mano en dirección a los servicios se rieron con todas sus ganas. Estaba claro que se trataba de una broma: ¡adultos que se peleaban! Al compañero Volcinski se le cayó de la cabeza el sombrero, que fue rodando un rato detrás de su dueño sin que lo pudiera alcanzar.

Elisa Kroner, que iba a doblar la esquina, se dio la vuelta en el acto. «La gente como nosotros no debe presenciar de ninguna manera algo así, por no hablar ya de quedarse mirando», me había escrito una vez. Nos intercambiábamos cartas dentro del mismo Klausenburg. Sin embargo, mi compañera preferida, Ruxanda Stoica, recogió el sombrero y lo conservó en secreto como reliquia. Alguien la delató. A la muchacha, con los ojos rebeldes de las rumanas de los montes Metálicos, la expulsaron de la facultad durante un semestre, el sombrero le fue incautado y pasado por la trituradora. Los restos fueron arrojados al río por la noche.

Así pues, ¿cómo mantener la dignidad y estar a la altura de las circunstancias tal y como exigía este momento? Oía decir a la abuela: «Con ciertas personas no se habla. Y no es en absoluto porque nosotros seamos mejores que ellos, sino porque ellos son diferentes a nosotros. Sólo el silencio salva la situación».

Éstos eran diferentes a mí. Yo guardaba silencio. Y escuchaba lo que los guardias hablaban entre sí. Aunque los oficiales y soldados nos querían inducir a confusión con conversaciones fingidas, en cierto momento averigüé la dirección en la que viajábamos: estábamos haciendo el camino de Klausenburg a Hermannstadt. Tal vez prosiguiéramos hacia el este: hacia Kronstadt, la actual Stalinstadt. O incluso hasta Budapest, al otro lado de los Cárpatos.

—Mirad—dijo el oficial a los soldados que nos custodiaban—, nuestros campesinos dedicados a la agricultura colectiva vuelven del mercado semanal de Deva a casa.

¿Mercado semanal? Era prácticamente impensable tomar en serio lo dicho. Tan impensable como que un oficial no se atuviera a la verdad. Pero surgían dudas. ¿Deva? ¿Cómo era posible? ¿Iban a llevarnos a la fortaleza en ruinas que dominaba la ciudad, en cuyas mazmorras había muerto hace cuatrocientos años el primer obispo antitrinitario de Transilvania, Franz Davidis? ¿Nos querían retener en sus subterráneos medievales abovedados? No tenía sentido.

El sábado no había mercado semanal en ninguna parte. Estábamos a finales de diciembre y llevábamos varias horas de viaje. Debía de hacer tiempo que había oscurecido del todo. Los campesinos, incluso los que se dedicaban a la agricultura colectiva, estarían ahora en sus casas, al calor del hogar. Además, si hubiéramos ido a Deva, la carretera habría tenido que ir bordeando suavemente el curso del río Mieresch valle abajo. En cambio, si uno iba a Hermannstadt, se atravesaba un terreno accidentado y montañoso. Como estudiante de hidrología, a falta de un semestre para acabar la carrera, no sólo estaba familiarizado con cada corriente de agua de Rumania, también conocía la constitución tectónica de Transilvania como la palma de mi mano.

De hecho, el ruido del motor aumentaba, el coche enfilaba las cuestas y las curvas de la carretera, íbamos bamboleándonos de un lado a otro. A partir de Mühlbach conté cada uno de los pueblos. Por el sonido del motor, cuyo eco amortiguaban las fachadas de las casas, sentía cómo pasaban, lugares que me eran conocidos por haber ido a montar en bicicleta con amigos, con muchachas... en otra vida.

Si era cierto que nos dirigíamos hacia Hermannstadt, nos pasarían a otro coche. En cuanto llegamos a las inmediaciones de una nueva jurisdicción administrativa nos conduje-

ron a otro vehículo; lo había descubierto. Y Hermannstadt-Sibiu, en las afueras de la demarcación, ya pertenecía a la región de Stalin. En esta ciudad, la *Securitate* se había albergado en el edificio del antiguo cuartel general del Ejército Imperial y Real, donde, hasta 1918, el general en jefe contemplaba cada noche desde la terraza el desfile de antorchas, en la época de los emperadores y los reyes.

Un edificio que cualquiera conocía. Nosotros, nacidos más tarde, dábamos un rodeo alrededor de los espantosos muros, reforzados y protegidos con alambre de espino y púas de acero. Se decía que la fachada de la casa estaba cuajada de angelotes juguetones y una turbamulta de amorcillos hasta el alero del tejado. Pero los elevados muros del patio apenas permitían distinguirlos.

El coche se detuvo. Se nos dio orden de bajar, pero no nos dieron ocasión de obedecer. Manos invisibles nos agarraron y nos metieron a empujones en otro coche:

—*Repede!* ¡Rápido!

¿Sería posible comprobar si nos habíamos detenido donde yo presumía, en Hermannstadt? Ahí estaba el tranvía, el carro eléctrico, implantado en 1904 por la administración sajona; hacía un recorrido pendular entre Junger Wald y Neppendorf. Y pasaba repiqueteando por delante de cabañas y palacios, e incluso por delante de la fortaleza de la *Securitate*. Eso es lo que yo estaba esperando. Y sonó. De modo que era antes de medianoche, porque después de las doce se interrumpía el servicio de tranvías y sólo circulaban carruajes. Como siguiente destino se podía barajar Kronstadt o Bucarest. Pronto se esclarecería, cuando el camino se bifurcase en el paso de Roter Turm.

Hermannstadt. Por un momento se me pasó por la cabeza que unas calles más allá vivía la abuela, una mujer de una delicadeza tal que en la vida había salido de sus labios una mala palabra, ni siquiera en estos tiempos aciagos. Y la tía Her-

ta, la hermana menor de mi madre, delicada como un gélido suspiro. Hace tiempo que dormían sitiadas por los muebles que se amontonaban a su alrededor en la única habitación que les había quedado. Soñaban con abanicos plegables de marfil y relojes de sobremesa parados. Pero aquello no tenía nada que ver conmigo, pertenecía a fuera, al lugar que había perdido. Incluso mi hermano pequeño, Kurtfelix, estudiante en Klausenburg como yo, sólo que en la universidad húngara János Bolyai, palidecía. La tarde anterior había ido con él al cine a ver una película mejicana en la que actuaba María Félix. Durante una escena en la que una muchacha ciega, a contraluz, ejecutaba una siniestra danza en medio de cactus y mulas, nos levantamos a la vez como respondiendo a una misteriosa orden y nos marchamos.

Cuando atravesamos Fogarasch, mi interior no se conmovió en lo más mínimo, a pesar de las sacudidas que iba dando el coche por el adoquinado de piedras abultadas. Aquí, en la Berivoigasse 5, en una casa socavada por grietas y agujeros, dormían mi padre y mi madre, y mi hermano menor Uwe, acechados por sueños cuajados de ratas.

Cuando por fin llegamos a Kronstadt, *Oraşul Stalin* en rumano, el mundo exterior, del que ya estaba separado por las esposas, las gafas opacas y el extraño soniquete de las armas de fuego de los guardias..., también por otra forma de tiempo, se extinguió.

En esta ciudad, mi hermana pequeña Elke Adele estudiaba quinto curso de bachillerato en la Honterusschule. Vivía con la tata, nuestra abuela. Ésta administraba y dirigía la casa de su yerno Fritz y su hija Maly. La tía Maly, hermana de mi padre, se había casado con cuarenta años y había llevado a su madre a vivir con el matrimonio a la casa de fachada barroca de mi tío Fritz. Estaba en el Tannenau, un barrio residencial de la periferia, con villas en las que antes vivía gente rica, al que se llegaba con un tranvía pintado de amarillo.